

JUANA CORTÉS AMUNARRIZ

La belleza  
de sus heridas

## ÍNDICE

Ha llegado el momento, 11
Aurora, 25
Lo que va a suceder, 31
Hipocampo, 43
Tcha, tcha, tcha, 51
La historia más vieja del mundo, 59
La trenza, 67
El señor Lobo, 75
Sandalias rojas, 83
Cumpleaños feliz, 86
La criatura, 97

*La belleza de la ciudad era,  
ni más ni menos,  
la belleza de sus heridas.*

YUKIO MISHIMA

## HA LLEGADO EL MOMENTO

SEGURO QUE RECONOCES ESA sensación de despertarte sobresaltado, a medio camino entre el sueño y la realidad. El corazón latiendo con fuerza, bum, bum, bum, y tú, desorientado en la oscuridad. Y el cerebro funcionando a su manera, de algún modo todavía enredado en el sueño reciente —aunque en ese momento no lo recordaba, joder, no recordaba nada—. El cerebro intentado poner orden, y eso significaba determinar el dónde, el cuándo y el cómo.

Estaba en el Campo. Reconocía el espacio, la habitación de unos veinticinco metros cuadrados con una gran ventana de dos hojas y cuatro camas de noventa centímetros. Y no, no tenía dudas, porque la luz de la calle entraba por la ventana y me permitía ver la habitación en penumbras. Desi tenía miedo a la oscuridad y no había forma de bajar la persiana. En verano o en invierno dormíamos con la maldita persiana subida, aunque eso significara que la luz entrara a raudales, a veces bien pronto, joder. En julio, a las siete de la mañana, nuestra habitación parecía una playa del Mediterráneo, inundada por un sol cabrón que nos despertaba y nos hacía sudar sobre las sábanas arrugadas.

Y además estaban los sonidos. El respirar profundo de Perla, los ligeros ronquidos de Desi. Gema no, ella no hacía ruido alguno, pero podía ver la silueta de su cuerpo en posición fetal sobre la cama. Y el olor. El olor de mis hermanas. El olor de sus cuerpos, del tabaco que fumábamos a escondidas, del chicle que masticába-

mos para disimular, el de sus colonias que eran fuertes y exageradas, aromas de vainilla o de coco.

Sí, estaba en la habitación del Campo, y el reloj despertador decía que eran las tres cincuenta de la madrugada. Números rojos flotando sobre la mesilla.

Todo sucedía a la vez y muy rápido. Por un lado, la desorientación, y a la vez el reconocimiento del espacio, y a la vez el recuerdo vivo de la noche anterior. Desi hablando por los codos, ella que era más bien callada. Desi hablando de Lucas y la bronca con Lucas y de cómo luego todo se había arreglado. Y las tres la escuchábamos. Gema junto a la ventana, fumando un porro de hachís. Expulsando el humo fuera. Y Perla que se acercaba a dar alguna calada y luego se sentaba en el suelo.

Desi hablaba y Gema fruncía el ceño, porque no le gustaba Lucas. O al menos no le gustaba cómo Lucas trataba a Desi. Y con aquel gesto era bastante. Esperaba que no discutieran, sabía cómo iba a acabar aquello, con Desi llorando, sin duda. Porque Gema era mucha Gema.

—¿Y a vosotras os parece bien? —nos preguntó expulsando el humo con fuerza.

Me encogí de hombros. Lucas no me parecía un mal tío, al menos no peor que otros. Y, a su manera, quería a Desi. Y Desi estaba loca por él.

—Un poco de dignidad, joder —dijo Gema sacudiendo la cabeza.

Dignidad. No era la primera vez que Gema utilizaba esa palabra. Parecía algo importante para ella.

—Eres su perrito faldero. Te controla. Con él no eres nada. ¿No te das cuenta?

Desi se mordió los labios. Las lagrimitas brillaban ya en sus ojos.

—Te enfadas, pero sabes que tengo razón.

Y Desi se tumbó y se cubrió la cabeza con la almohada. Perla y Gema se acabaron el canuto. Yo no, yo ya no fumaba. Lo había prometido. Y yo también me tumbé en la cama, de repente estaba muy cansada. Y ese era mi último recuerdo hasta despertar sobresaltada.

Bum, bum, bum, el corazón. A pesar de la habitación tranquila. A pesar del silencio de la noche. No sabía de dónde surgía esa inquietud, pero allí estaba, subida a mis hombros, como un gato.

Entonces sentí la humedad. Joder, la humedad ahí abajo.

El líquido mojó mis piernas. También las sábanas y el colchón. El líquido invadía mi cama. Sentí asco y vergüenza y... También miedo. Un miedo antiguo, primitivo, que me dominaba. Y a duras penas, evité un quejido.

—DESI... —SUSURRÉ.

Desi era mi mejor mejor amiga. Las dos llevábamos en el Campo desde que teníamos tres y cuatro años. Las primeras hermanas. Ella era una especie de patito feo que me seguía a todas partes. No hablaba, pero me miraba con ojos tristes. Cua, cua. Cua, cua. Le tendía la mano y ella se agarraba con fuerza. Como un monito. Desi, mi sombra.

Todavía entonces, ya adolescentes, ya mayores, tías con las tetas bien grandes y bien puestas, Desi me buscaba algunas noches. Se metía en mi cama, sus pies fríos buscando el calor de los míos. Y se dormía pegadita a mi espalda, a pesar de que estaba prohibido. Había que dormir solas, medidas higiénicas y de salud mental. Cada niña en su cama y bla, bla, bla.

Pero a las niñas del corazón roto nos daban igual las normas. Desi pies fríos, mi niña pato, mi niña monito, dormía tranquila. ¿Qué más se puede pedir? Y al amanecer regresaba a su cama con las pilas cargadas. Cargadas de piel, de calor, de abrazos, de afecto, de un sueño compartido dulce y espeso y esponjoso.

—Desi... —insistí.

Y ella abrió los ojos, me miró. Me preguntó qué pasaba y yo le supliqué: «Ven, ven, Desi».

Desi a mi lado. De las dos, yo siempre había sido la fuerte, la valiente. Pues bien, ahora estaba cagada de miedo. Cogí su mano. La metí en la cama y ella pudo sentir la humedad. La retiró de inmediato.

—¿Te has hecho pis?

No, yo nunca, ni de niña, me había meado en la cama.

—He roto aguas —le dije.

Y ahora era ella la que estaba más asustada que yo. Y se puso a dar saltitos.

—Joder, Nina. Joder. ¿Aviso a Lady Laura?

—No, no, espera —le dije.

El momento había llegado. Respiré profundamente para calmarme.

—Antes despierta a las chicas —le dije.

Quería despedirme de ellas. Y Desi llamó a Gema. Llamó a Perla.

Encendí la lamparita de mi mesilla para verlas bien. Y allí estábamos las cuatro, en mi cama. Perla hablaba y me decía: «Mi niña guapa, mi niña, todo va a ir bien, mi corazón, tú lo vas a ver...». Y su voz dulce era como una canción. Y me sostenía entre sus brazos morenos, intentando sonreír.

—Mi vida, mi amor...

Mientras, Desi se mordía los labios y contenía a duras penas las lágrimas. Y Gema no decía nada. Gema parecía un fantasma, con su piel blanca y su pelo negro cayendo sobre los hombros.

No sé cuánto tiempo estuvimos así las cuatro, en la cama, agarrándonos las unas a las otras como náufragos a una tabla. Sintiendo ese vínculo precioso que habíamos tejido, como pequeñas arañas que buscaban su lugar en el mundo, que dibujaban su mapa con hilos minúsculos.

—Chicas...

Me costaba hablar por la emoción. El nudo en la garganta, como si me hubiera tragado un calcetín.

APS, quise decirles. APS, las letras que escribíamos con boli en las palmas de las manos o en los brazos, simulando tatuajes. También las grabábamos en las puertas de los baños y en los bancos de madera. APS, Amigas Para Siempre. Nuestro lema, nuestra frase. Nuestra identidad. Intentábamos reconocernos en las chicas de las películas que veíamos: Camp Rock, o las de Hannah Montana, cuando Miley Cyrus era la reina de Disney. También en las de Grease, que tanto nos gustaban —todas queríamos ser Rizzo y detestábamos a Sandy, o quizás queríamos ser Sandy en secreto, pero sabíamos que por nuestras venas corría la sangre de Rizzo—.

APS era nuestro código de niñas, el juego de simularnos otras. Las animadoras de un equipo de baloncesto. O las alumnas guays de un instituto, las más populares. Nos volvíamos así las protagonistas de esa fantasía. Pero APS era también una gran verdad. Era el canto que nos unía, resumido en un gesto infantil. Amigas para siempre, sí, pero el tiempo se acababa. Habíamos crecido. La tela de araña se deshacía, se convertía en polvo.

La mano fría de Gema, que siempre era la última en reaccionar. Gema, todo ojos. Desi, temblorosa. Y Perla, que no podía dejar de hablar con sus palabras tranquilizadoras.

Mis hermanas me abrazaban cuando sentí la primera contracción.

AL CENTRO de acogida de menores en el que vivíamos lo llamaban «el Campo». Al principio no sabía de qué iba esa palabra, que escuchábamos decir a las mayores. Con el tiempo descubrí que el Campo venía de «campo de concentración». El nombre tenía bastante mala leche, y era cruel, hay que reconocerlo. Porque en los campos



## AURORA

ESTÁS A MI LADO, dormido, mientras yo desgrano el tiempo entre los dedos. La noche es una granada madura, gigante, tan grande que ocupa toda la habitación. Arrancar cada grano me supone un esfuerzo, pero no hacer nada me volvería loca. Arrancar cada grano bermellón es una forma de no morir, de estar viva. Es lo que hago habitualmente, una de las técnicas de superación para sobrevivir a la oscuridad. Sin embargo, esta noche es distinta. No estoy sola. Tú, Yago, estás conmigo.

Te sentaste junto a mí en esa cena a la que estuve a punto de no ir. Una de nuestras compañeras de entonces, ahora una empresaria de éxito, se puso manos a la obra para celebrar los veinticinco años transcurridos desde que dejamos el colegio. Solo pensar en ese esfuerzo me agoto. Consiguió las direcciones, los teléfonos, los mails. Contactó con todos los alumnos y reservó un buen restaurante con una sala grande para nosotros. Como era de esperar, se hizo una proyección con las fotos que reunió del colegio. Y nos regaló unos pins con un veinticinco en rojo que me puse en la solapa de la chaqueta.

Acepté ir a la cena porque se me acabaron las excusas ante la insistencia de la organizadora. Pensé: vas, cumpleaños y desapareces, como he hecho tantas veces. Forma parte de mi filosofía de vida. Elegí un vestido verde y unos botines de color mostaza. Me alisé el pelo. Me maquillé a conciencia.

Yo, que cultivo el olvido, que soy de dejar pasar las cosas, saludé con una sonrisa a quienes nos recibían. Besos y apretones de mano. Y esa expresión tonta de quien no sabe bien qué hacer. No tenía ninguna amiga entrañable que insistiera en que me sentara a su lado. Que me apretara el brazo mientras me decía: «Tenemos tanto que contarnos...». Elegí un sitio entre dos sillas vacías. Dejé la chaqueta en el respaldo y me fui al baño.

Al regresar, tú, Yago, te habías sentado a mi lado. Entonces tuvimos la conversación de turno. «Yo sí me acuerdo de ti. ¿Tú no? Chica dura, ja, ja. Iba a la clase de al lado». Y me diste nombres de alumnos. Y nombres de profesores. Y mencionaste una famosa anécdota que no recordaba.

—Incluso en una ocasión nos sentaron juntos en el comedor.

Asentí. Una vez más no supe qué decir.

—Vamos, que no te impresioné —bromeaste—. También coincidimos en una excursión a...

Y sí, recordabas, recordabas hasta mi olor. Ese olor característico era el del aceite que mi madre me daba porque ya entonces tenía la piel muy seca.

Todavía hoy embadurno con aceite de almendras mi piel seca y escamada por la falta de descanso. También utilizo a diario un colirio para mis ojos cansados.

—Yo sí me acuerdo de ti, Aurora —dijiste con seguridad—. Tienes un nombre precioso.

Muchas veces pienso en la ironía del destino; me pusieron el mismo nombre que a la Bella Durmiente. Las dos estamos malditas, aunque nuestras maldiciones sean opuestas. Ella fue condenada a dormir cien años. Yo, a no dormir nunca lo suficiente. A morir de esa falta de sueño.

—¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

—Yago.

Yago, en ese momento fui incapaz de imaginar lo que iba a suceder. Y, sin embargo, ahora estoy tumbada a tu lado.

Duermes. Tú duermes y yo doy vueltas entre las sábanas. El insomnio es el pozo en el que vivo, el suelo que piso, el aire que respiro. Soy insomne y eso me convierte en alguien distinto. No soy como tú, nunca lo seré. El insomnio es rabia. Agonía. Desesperación. Es irte al otro lado, salirte del mundo, estar sola, terriblemente sola, porque en el insomnio no hay compañeros. Solo los insomnes entienden a los insomnes.

Lo hemos pasado bien, Yago. Esta ha sido una noche mágica. Tan mágica que, a diferencia de lo que suelo hacer, no he querido acabarla con una seca despedida. Me he permitido pensar que todo iba bien. Que podía seguir yendo bien. Y he querido creer mis mentiras. Me he vuelto una gran mentirosa, pero no lo hago por maldad o interés. Es simplemente una cuestión de orden, miento para que todo fluya mejor. Y llevo tanto tiempo haciéndolo...

Mi infancia fue una pesadilla para mis padres; se veían desarraigados por una criatura que no descansaba. Y pronto, con tan solo once o doce años, descubrí que la vida era más sencilla si fingía. Simplemente, dejé de llamarlos por las noches. Me acostumbré al cuarto oscuro, a la puerta cerrada, a aquella espantosa soledad. Mi sueño no duraba más de cuatro horas. A veces, menos. Luego jugaba con las muñecas que permanecían sentadas en una estantería. Les contaba cuentos para que se durmieran. Cuando perdía la paciencia, las lanzaba contra la pared. Las desmembraba. Antes de que amaneciera, volvía a montar sus piernas y brazos para que fueran hermosas y serias durante el día.

Sí, es verdad, miento. Oculto mis particularidades y guardo a buen recaudo mis trapos sucios. Pero esta noche me he quedado a dormir en tu casa, Yago. Y eso es algo insólito. Animada por el vino de la cena, por la ternura de tus ojos verdosos, no me he resistido. «Ven», me has dicho tendiéndome los brazos. Y no he sabido decir que no. Tu sonrisa era pura, tu rostro, el del ángel de un país del norte que acudía a salvarme con su espada flamígera.

## LO QUE VA A SUCEDER

LO CIERTO ES QUE la idea de jugar a «lo que va a suceder» fue mía. Recuerdo la primera vez que le hablé de ello al Calvo.

—¿Sabes lo que me gustaría hacer?

Llovía. Caía una lluvia triste, cenagosa, como si el cielo derramara su contaminación sobre nosotros. Entonces se lo conté.

—Estás loco —me dijo.

Insistió en que, si seguía diciendo esas tonterías, me encerrarían en un psiquiátrico con otros tipos tan tarados como yo, y que me darían por culo una y otra vez pensando que era Angelina Jolie.

—Pero no me digas que no es acojonante... Me encanta imaginar los ojos de Silvia cuando me acerco a ella. Se abren y soy capaz de hundirme en su pupila dilatada.

—Yo creo que la dilatación de la pupila no tiene que ver con el miedo, sino con la luz —dijo el Calvo.

Pero yo no estaba dispuesto a dejar que chafara mi fantasía.

—Su pecho tiembla y aparecen gotas de sudor en su frente —continué con un susurro.

—En el fondo, solo eres un salido —dijo él dándome un golpe en el hombro.

—¿Te lo imaginas? Por favor..., dice. Por favor... Te crees muy lista, guarra, le digo yo. Te crees que porque seas guapa, porque todo el equipo de fútbol babea por ti, eso te da derecho a reírte de mí. Quítate las bragas, cerda. ¿Ves lo que hago con ellas? Me las como. Me

como tus bragas. Y ¿sabes lo que haré luego? Luego te meteré una bala entre los ojos. ¿Qué te parece, pequeña ramera?

El Calvo no podía dejar de reírse ante los diálogos que yo improvisaba.

—También te pondrán electrodos en las tetillas y te darán electroshocks que te harán papilla el cerebro —me dijo antes de irse—. Estás como una puta cabra, chaval —concluyó.

CONOCÍA BIEN al Calvo, éramos vecinos de portal y habíamos compartido muchas tardes de escalera. Tardes enteras en las que habíamos empujado cochecitos defectuosos en improvisadas carreras. Nunca conseguimos arreglar los pequeños neumáticos que se salían del eje, y nuestros coches más bien parecían correr hacia el desguace, en lugar de ser los dignos representantes de una gran escudería.

También habíamos intercambiado montones de cromos de fútbol, aunque los dos sabíamos que nunca acabaríamos la colección con la paga miserable que nos daban nuestros padres.

El nuevo juego le moló desde el principio.

—¿Y cómo vas a hacerlo? —me preguntó el Calvo la siguiente vez que me vio.

Estaba claro que había estado pensando en «lo que va a suceder», ese entretenimiento acerca de hacer justicia, de saldar cuentas con la mierda de mundo que nos rodeaba.

—Con un rifle.

—¿Un rifle? ¿De dónde vas a sacar un rifle?

Le conté que mi padre guardaba uno en el trastero. Era un arma que había pertenecido a mi abuelo, gran aficionado a la caza. La abuela no había querido que mi padre se deshiciera del rifle, y cualquiera le llevaba la contraria. Desde hacía años nadie había vuel-